

La alegría de los pobres

El mundo ha inventado su estricto código de alegría, y ha puesto un coto reservado, Sólo está permitida la alegría a unos pocos escogidos y afortunados. Los demás están excluidos; sobreviven -si es que pueden- en la pobreza y la indigencia. Pero, ¿qué pasaría si alguien, alguna vez, pudiese dar la vuelta a esta situación injusta? ¿Algún día se podrían abrir de par en par las puertas de la alegría, para que todo el mundo se alegrase? Parece imposible, suena a un sueño irreal, a una utopía engañosa. ¿Son así los sueños de Dios?



En el Magníficat se alza la alegría de una mujer pobre, quien ha puesto toda su confianza en Dios, la que se siente a sí misma su esclava. Como los ojos de una esclava fijados en las manos de su señora, así mira María a su Dios esperando no un salario o una

paga, sino el regalo de su mirada correspondida, que la mire con misericordia (Salmo 122). En el Magníficat se concentra toda la esperanza de los pobres de la tierra, se dan cita aquellas palabras proféticas de Ana, «no una mujer ebria, sino desvalida, que desahogaba su alma apenada ante el Señor» (1 Sam 1,13-14). No parece el Magníficat sino un canto a coro entre dos mujeres: Ana y María, entre el antiguo y nuevo Testamento. Los exegetas han puesto de relieve un sinnúmero de correspondencias literarias y paralelismos teológicos, que no es preciso ahora señalar. Aquí también acuden aquellos pastores que velaban su rebaño, aquellos pobres de la tierra y marginados de su sociedad, en la prolongada noche e intemperie de su vida... y a quienes les visita el ángel del Señor y les comunica que se alegren con «una gran alegría» (Lc 2, 10).

También en el Magníficat culmina el gozo de aquellos dos pobres padres, sin ningún hijo, como dos ramas secas de un árbol, sin nido: Zacarías e Isabel. Tendrán un niño -por gracia del Señor-, que será alegría para ellos, y los familiares y vecinos (Lc 1,14). María entona el canto de los pobres, es decir, de todas aquellas personas que no tienen motivo para alegrarse porque aparentemente nada tienen. Atreverse a cantar la alegría de los pobres suena a rebelión o revolución. Nada está perdido para quien es capaz de alegrarse. Los pobres del Señor sólo tienen a Dios; su tesoro, su alegría, su canto de gozo y de esperanza. Cantamos con María, nosotros, los pobres de la tierra, el canto del Magníficat y nuestras notas dispersas abrazan a muchos hermanos y hermanas pobres que comparten con nosotros lo que tenemos, sólo lo que tenemos: toda la riqueza de nuestro Dios y Salvador, que se desborda con nosotros, sus hijos del alma.

Y mientras cantamos el Magníficat, estamos dando a voces la razón de nuestra alegría.

Francisco Conteras Molina, cmf. (Iris de Paz)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/la-alegria-de-los-pobres